

teresita de barbieri

las sirvientas nos pueden decir mucho

A Clara Torres, que hace muchos años nos hizo dulces, pasteles, galletas... y nos dio tanto cariño.

Tal vez pocas ocupaciones y situaciones sociales estén tan llenas de dicotomías ideológicas, frases hechas y estereotipos como el trabajo doméstico asalariado. Pensemos en las opiniones corrientes de las patronas de la clase media sobre sus sirvientas: "flojas", "sucias", "deshonestas", "atrevidas", "ladronas".... expresiones de quienes no tienen poder y el pequeño que logran tratar de hacerlo sentir hasta la saciedad, para que quede bien establecida la distancia social. O la otra posición, propia de las (y los) intelectuales que ven en las sirvientas a un sector explotado, subsumido, todo compuesto por gente buena, indefensa, que trabaja por un pésimo salario, para permitir el ocio de las mujeres de la burguesía (¿y de sí mismos?)... expresiones de culpa no resuelta.

En el nivel teórico se ha discutido y se discute si el servicio doméstico es un tipo de ocupación estructural del sistema capitalista o sólo residual y destinado a desaparecer; si se trata de una relación capitalista o servil; en los últimos años se debate si es, o no, una ocupación que reproduce fuerza de trabajo con determinada calificación.

Quienes consideran que es una ocupación residual y de carácter servil, ponen énfasis en las largas jornadas de trabajo, en la residencia fijada en el lugar del trabajo, en la relación particular que se establece entre patrona y trabajadora, rasgos que se atribuyen al modo de producción feudal. Su persistencia en el capitalismo subdesarrollado y dependiente estaría causada por la imposibilidad del sistema de generar empleos para toda la población. Se supone, por lo tanto, que

desaparecerá a largo plazo, sustituida por la mecanización y la socialización de las tareas domésticas, y, en particular y con certeza, una vez que el proletariado asuma el poder.

Quienes, por el contrario, la perciben como una ocupación estructural del capitalismo dependiente, ponen atención en su persistencia a lo largo de varias décadas de desarrollo en las que sigue manteniendo altos niveles de empleo, en la relación medida por el salario, en el hecho de que las sirvientas sean una mano de obra móvil por propia voluntad, a pesar de que fijen residencia en el lugar de trabajo. Destacan, asimismo, el carácter atomizado de dicha fuerza de trabajo y los escasos intentos de organización del sector.

Antes de inclinarnos por una u otra posición, convendría tomar en consideración que el servicio doméstico es una ocupación que, hasta no hace muchos años, era sólo tema de la creación literaria o de la nota periodística, pero no objeto de estudio. Mas aún, en los censos de población y en las encuestas de mano de obra aparecía subsumida dentro del sector servicios junto a los oficinistas, educadores, servicios recreativos, de salud, etc. Sólo a partir de los censos de 1960 en algunos países de América latina el servicio doméstico aparece desglosado en las tabulaciones de dos dígitos. Apenas entonces se comenzó a tomar conciencia de su significado en términos del empleo femenino: es la ocupación que concentra el mayor número de mujeres. En México, aproximadamente el 20% de la fuerza de trabajo femenina; en Chile, un porcentaje similar.

Con la preocupación cada vez más creciente por conocer las distintas dimensiones de la condición femenina, han em-

pezado a aparecer investigaciones originales sobre el tema: en Perú, Brasil, Chile, México.¹ Y seguramente en otros países latinoamericanos.

Como señala Ilda Elena Grau², la mayoría de los estudios hasta ahora tratan de las características individuales de las sirvientas: edad, estado civil, número de hijos, condición migratoria, nivel de educación, salarios percibidos. Y van acompañados de consideraciones acerca de la reglamentación legal específica para este tipo de trabajo. La caracterización de las trabajadoras es diferente según sean empleadas domésticas de planta con residencia en el lugar de trabajo, o tengan domicilio propio e independiente del lugar de trabajo. Las primeras y más numerosas son en su mayoría jóvenes, solteras, de origen rural, migrantes recientes, con bajos niveles de instrucción, que perciben salarios muy bajos. Las segundas son —en términos generales— adultas, viudas, separadas o casadas, con hijos, presentan mayor tiempo de residencia en la ciudad y perciben mayores salarios.

Dentro de esta misma línea de análisis, otros temas comienzan a ser estudiados. Ilda Elena Grau³, por ejemplo, analiza las historias de vida y las percepciones, imágenes, opiniones, etc., de las domésticas en la ciudad de México, referidas al trabajo, las condiciones de vida, la sexualidad, las aspiraciones para el futuro. Como puede verse, la problemática que la investigación sobre este sector de trabajadores ha privilegiado es la oferta de mano de obra que se realiza como tal.

Me interesa señalar en este artículo otras perspectivas, enfoques o formas de abordar el tema del servicio doméstico, en etapas sucesivas de investigación y una vez que se tienen identificadas las características principales de esta población. Formas de abordar la problemática que permitan extraer conclusiones acerca de las sirvientas y su trabajo, así como también sobre las sociedades que generan este tipo de empleo.

Creo que una forma de abordarlo sería a través del conocimiento de la demanda de servicio doméstico. ¿Cuáles son los hogares que contratan servicios domésticos? ¿De qué tipo de unidad doméstica se trata? ¿Cuáles son el número, la edad y el sexo de sus integrantes? ¿Cuáles son sus niveles de ingreso, la actividad de sus miembros y, en particular, los de las mujeres adolescentes y adultas? ¿Cuál es la situación de clase del jefe? Responder a estas preguntas llevaría a desmitificar algunas ideas. Por ejemplo, la ya citada de que el servicio doméstico es una actividad contratada sólo por la burguesía y los sectores medio-altos. No cabe duda de que para contratar servicios domésticos es necesario que la unidad doméstica tenga un nivel de ingresos —por rentas y/o salarios— que permita pagar el salario en efectivo y en especie de la empleada (o las empleadas). Pero los ingresos necesarios para tal erogación pueden provenir de una sola fuente, o de la suma de los ingresos de dos o más miembros del hogar.

En la ciudad de México, de acuerdo a la información ela-

borada por García, Muñoz y Oliveira⁴, el 24.3% de los hogares de jefes asalariados no manuales, es decir, de empleados, tenían por lo menos una trabajadora doméstica asalariada. En las unidades nucleares el porcentaje era del 21.7% y en las extendidas y compuestas del 35.8%. Asimismo, en el interior de cada tipo de hogar, en los dirigidos por jefes adultos era mayor la presencia de sirvientas que en los dirigidos por jefes jóvenes.

En una investigación que realicé en la ciudad de México sobre el trabajo de las amas de casa me acerqué en algo al problema. Las unidades domésticas que tenían servicios domésticos permanentes eran las constituídas alrededor de un jefe profesional empleado, profesional por cuenta propia o empresario. Las esposas de los empleados no-profesionales no tenían ayuda doméstica remunerada, independientemente de que ellas tuvieran o no actividad o trabajo remunerado. El servicio doméstico aparecía en los hogares de sectores medios cuando había hijos, o bien en los sin hijos, pero donde el ama de casa trabajaba. Esto es, si las amas de casa no tenían hijos y no trabajaban no había sirvienta. A lo sumo, una doméstica a domicilio una vez a la semana para lavado y/o planchado de ropa, o para aseo general. Distinta era la situación para las esposas de medianos empresarios que, sin trabajar y aún sin hijos, tenían dos o más empleadas domésticas.

El estudio de la demanda del servicio doméstico nos permitirá también saber en qué medida este mecanismo libera de las tareas del hogar a la fuerza de trabajo femenina con niveles medios y altos de escolaridad, que se incorporan al mercado de trabajo y, como señala Karen Giffin⁶, es responsable

(1) Alberto Rutté García: *Simplemente explotadas: el mundo de las empleadas domésticas de Lima*. Serie Praxis No. 3. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO). Lima, 1973.

Elsa Chaney: *Agripina: servicio doméstico y sus implicaciones*. Ponencia presentada en el 1er. simposio Mexicano-centroamericano de Investigación sobre la Mujer. México, 1977.

Helleieth Saffiotti: "Emprego domestico e capitalismo". *Sociologia Brasileira* No. 9. Ed. Vozes Ltda., Petropolis, Brasil, 1978.

R. Alonso, M. R. Larraín, R. Saldías: "La empleada doméstica de casa particular: algunos antecedentes", en Paz Covarrubias y Rolando Franco: *Chile: Mujer y sociedad*. UNICEF, Santiago de Chile, 1978.

Gloria Leff: *Algunos aspectos del servicio doméstico en el área metropolitana de la ciudad de México*. Tesis para optar al grado de licenciada en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, (multicopiado). UNAM, México, 1973.

(2) Ilda Elena Grau: *Las empleadas domésticas en la ciudad de México: un análisis de las trayectorias de vida, los valores y las prácticas*. (multicopiado) Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. México, 1980.

(3) Ilda Elena Grau: op. cit.

(4) Brígida García, Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira: *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*. Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM) El Colegio de México. En publicación. México, 1980.

(5) M. Teresita De Barbieri: *Mujeres y vida cotidiana*. Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM). En publicación. México, 1980.

(6) Karen Giffin: *Industrialización y familia: un modelo de competencia por recursos laborales en sociedades desarrolladas*. Ponencia presentada al 1er. Simposio Mexicano-centroamericano de Investigación sobre la Mujer. (multicopiado). México, 1977.

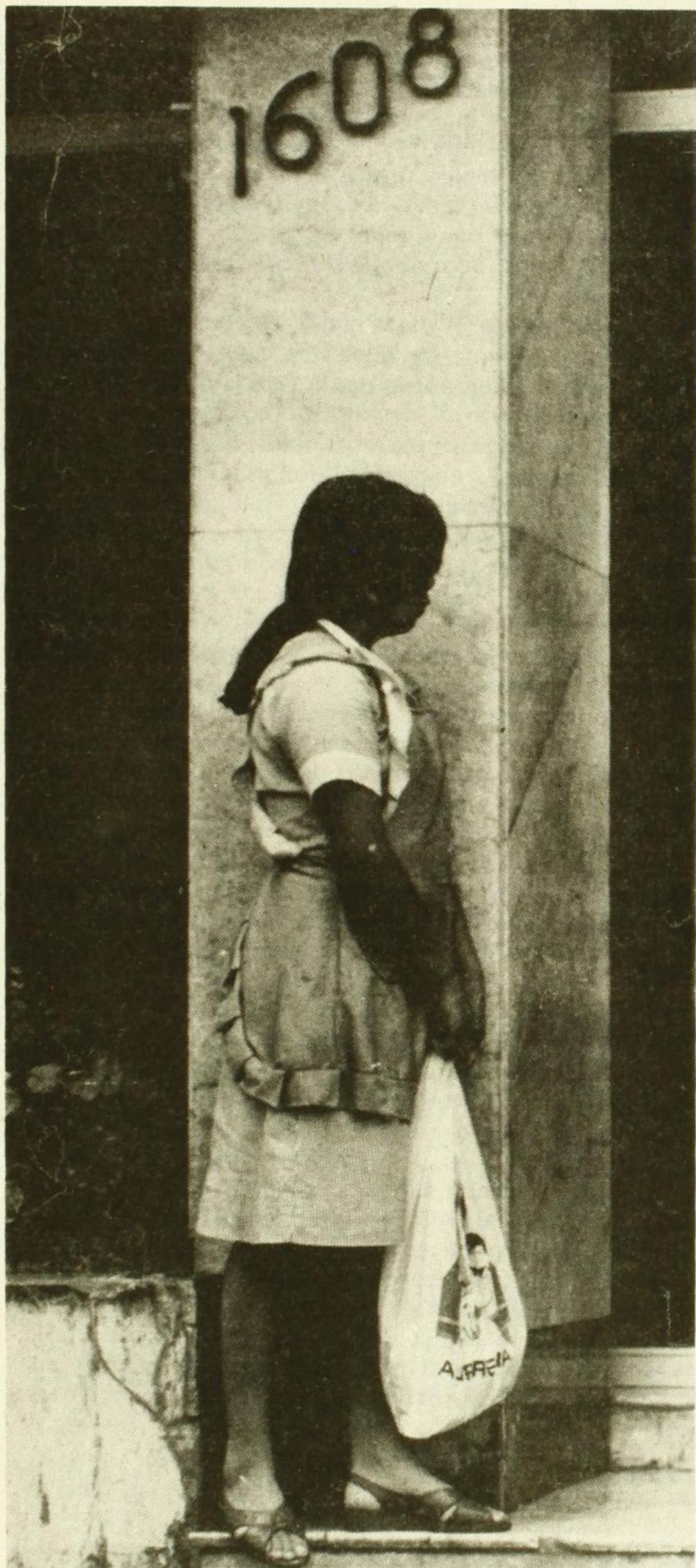


Foto de Christa Cowrie

de los altos porcentajes de participación económica de las mujeres profesionales y técnicas en América latina, porcentajes superiores, comparativamente hablando, a los de los Estados Unidos y del Canadá.

Una vez identificadas las demandas en términos de las unidades domésticas es posible entonces seguir un paso más: ver cuál es la división del trabajo doméstico en el interior de las unidades que lo contratan, y poder precisar qué tipos de tareas y qué parte del trabajo que se genera en el hogar realizan las sirvientas.

Por ejemplo, en la ya citada investigación sobre amas de casa en la ciudad de México, pude ver que en los hogares de sectores medios donde hay servicio doméstico, éste realiza el aseo de la vivienda y del mobiliario, las compras menores y ayuda en varias tareas. Pero las compras de abastecimientos de la unidad doméstica, la preparación de las comidas y todas las tareas que implican una relación directa con los niños eran realizadas por las amas de casa. También pude observar que para el lavado y planchado de la ropa en la mayoría de esos hogares se contrataba una empleada doméstica a domicilio una o dos veces a la semana. Las razones que aducían las entrevistadas para justificar este tipo de división del trabajo era que en la cocina, por ejemplo, las sirvientas no sabían cocinar bien, no conocían los gustos de los distintos integrantes de la unidad doméstica y gastaban más de lo necesario. Aducían también esta última razón para las compras, salvo las diarias de las tortillas, el pan, la leche, etc. Aún en los casos de esposas de empresarios, las amas de casa eran quienes tenían a su cargo las compras de abastecimiento mensual o quincenal y la preparación de la comida cuando había invitados en la casa, pese a que en estos hogares había una cocinera de tiempo completo y dedicación exclusiva.

Tener información en este nivel posibilitaría además atender a dos tipos de problemas: el de la productividad del trabajo doméstico y el del nivel de destreza, entrenamiento y capacitación de las trabajadoras.

El problema de la productividad es harto complejo, porque el trabajo doméstico asalariado en casas particulares tiene a la vez una demanda rígida de tiempo para ciertas tareas, que se combina con una demanda elástica para otras. Por ejemplo, el desayuno y la comida deben estar prontos a una hora exacta para permitir la llegada a la escuela y al trabajo a la hora marcada para los distintos integrantes de la unidad doméstica. En cambio otras tareas, como el aseo de la casa y las compras, aún cuando se realizan todos los días, tienen mayor flexibilidad. Otro tanto acontece con las que no se realizan a diario: aseo de ventanas y puertas, lavado y planchado de la ropa, etcétera.

Como ya han señalado diversos autores, el trabajo doméstico no está pautado por máquinas —como en el caso del trabajo industrial— ni por otros trabajadores —como en

los procesos de manufactura y la cooperación— ni tampoco existe un público que atender —como en el caso de los servicios bancarios, turísticos, de salud, u otros, y del comercio. Quien paga el salario de la trabajadora doméstica ni gana ni pierde si ésta emplea más tiempo del que se supone necesario: el trabajo doméstico no valoriza capital, ni es trabajo que sirva para la realización directa del capital. No existe por lo tanto compulsión para aumentar su productividad. En condiciones idénticas, el tiempo que se invierte en una tarea determinada depende en gran medida de las características personales de la trabajadora. El aseo de una misma cocina, por ejemplo, puede llevar a una persona cuarenta y cinco minutos, a otra dos horas y a otra cuatro. Cuentan aquí elementos de carácter psicológico como la capacidad de concentración mental, la habilidad manual, el entrenamiento y la voluntad de hacerlo con rapidez o lentitud. Sin embargo, y a pesar de los problemas de cuantificación que presenta, sería importante llegar a establecer tiempos promedio para las distintas tareas que componen el trabajo doméstico. De este modo se podría avanzar en la determinación del tiempo medio de trabajo necesario para cada tarea, según el nivel técnico con que cuentan los hogares.^{7/}

Un problema muy ligado a la productividad es el de la capacitación de las empleadas domésticas. Por regla general se sostiene que el trabajo doméstico es un trabajo simple, que cualquiera persona normal puede realizar sin entrenamiento. Si fuera efectivamente así, cualquier varón o mujer adultos podrían realizarlo sin tropiezos. Pero sabemos que una tarea como cocinar lleva un período de aprendizaje y experimentación, hasta llegar a conocer el tiempo y las distintas formas de cocción de los alimentos, aún los más corrientes. Tareas más simples como el aseo de una casa, por ejemplo, también requieren de algo más que saber mover la escoba y pasar un trapeador. A este problema se agrega el del choque cultural que significa la presencia de una masa trabajadora que proviene en forma predominante del medio rural, con hábitos y formas de vida diferentes a los urbanos de los sectores medios y altos. Es conocido el hecho de que a medida que una sirvienta tiene más años en la ocupación, aprende mayor número de tareas y las realiza de manera más eficiente. Por ejemplo, una joven migrante reciente, por lo general tiene que aprender todo o casi todo: desde usar el plumero a lavar con jabón y tender una cama. En los primeros trabajos va adquiriendo destreza, la patrona le enseña cada una de las tareas, así como a desenvolverse en el medio urbano. Con el tiempo puede especializarse como trabajadora doméstica, ya sea que sepa desempeñar con habilidad todas las tareas de la casa sin necesidad que se le enseñe, ya que se transforme en recamarera, cocinera o niñera en exclusividad, ya que salga del sector y encuentre empleo en la elaboración y venta de alimentos como mesera, cocinera, etc. Hay un proceso de entrenamiento que repercute en la productividad individual. Parece entonces posible pensar en una demanda diferencial de trabajadoras domésticas que buscan una oferta también dife-

rente. En las unidades domésticas que busca una oferta también diferente. En las unidades domésticas de los sectores de altos ingresos de la sociedad, la demanda se dirige al personal más calificado y más productivo y, en consecuencia, el mejor pagado. En cambio, es posible pensar que las jóvenes recién llegadas del medio rural con bajo o ningún entrenamiento y baja productividad accedan a unidades domésticas de sectores de más bajos ingresos, donde reciben salarios también más bajos, pero donde son entrenadas por las propias patronas.

Otro conjunto de problemas que merece analizarse es el de las relaciones empleada doméstica-patrona y empleada doméstica-otros integrantes de la unidad doméstica, en términos de expectativas, demandas, recompensas y conflictos. Esta es una de las ocupaciones donde las relaciones interpersonales están más marcadas y son más definitivas. Son directas y de convivencia casi permanente. No son impersonales ni burocráticas. Los estereotipos, prejuicios y otros elementos del carácter psicológico de cada individuo —más o menos neurótico— inciden directamente en la relación y afectan el desempeño laboral. Hace falta aquí también un análisis sistemático y coherente del rico bagaje existente de anécdotas y testimonios.

Asimismo es necesario conocer con más detalle toda una serie de prestaciones, más o menos frecuentes, de las que se benefician tanto las trabajadoras domésticas como sus familias. Casa y comida cuando los familiares vienen a la ciudad, redes de empleo, circulación de ropa y menaje de la casa o de alimentos, en los casos de trabajadoras a domicilio.

Desde una perspectiva más global, es necesario incorporar otros análisis y reflexiones. En primer lugar, la dinámica del empleo doméstico en coyunturas económicas de expansión y de crisis, cuando el empleo femenino crece o se contrae, y cuando aumenta o disminuye la capacidad adquisitiva de amplios sectores de la población. Desde el punto de vista de quienes se ofrecen, la demanda de trabajo doméstico en casas particulares permite estrategias de supervivencia individuales y familiares: la joven que sale de su familia de origen tiene casa y comida aseguradas, lo que significa disminución del gasto doméstico y posibilidad de contar con un ingreso adicional. Recuerdo en Chile, en marzo de 1974, cuando se comenzaba a sentir los efectos de la política económica inspirada en la Escuela de Chicago, una amiga puso un aviso en el periódico solicitando sirvienta "puertas adentro". Ese mismo día llamaron no menos de 25 personas para ofrecerse, algunas insistiendo incluso para que las emplearan. Entre ellas un obrero calificado y desocupado quien rogaba tomaran a

(7) En la práctica, permitiría evitar abusos tanto por parte de las patronas —que sobrecargan de trabajo a las domésticas eficientes— como a las sirvientas, que tratan de alargar más de lo necesario cada tarea que realizan, a los efectos de tener menos trabajo.



Foto de Christa Cowrie

su esposa y al hijito de dos años, sin sueldo, por sólo la casa y la comida para ambos.

En segundo lugar, creo que no debemos quedarnos sólo con el conocimiento de nuestras realidades latinoamericanas. Por el contrario, es necesario la comparación con lo que ha ocurrido y ocurre en las sociedades desarrolladas, donde el servicio doméstico también existe aunque tiene características diferentes. En el pasado no era muy distinto de lo que es hoy en América latina. En la actualidad, se trata de un trabajo más formalizado, que se realiza y se paga por horas trabajadas. Y si bien es desempeñado en su mayoría también por migrantes, éstas son de preferencia mujeres de países menos desarrollados y, a veces —como ha sucedido con las refugiadas políticas latinoamericanas en Europa—, con muy altos niveles de calificación universitaria.

En tercer lugar, el conocimiento sobre el servicio doméstico tal como se desempeña en el momento actual en nuestros países puede poner de manifiesto otros aspectos de la organización social hasta ahora ignorados. Ya se ha podido determinar —cuando se conoció y se pudo cuantificar la parte del salario que envían las trabajadoras domésticas a sus familias de origen— que, contrariamente a lo supuesto, hay un ahorro en las ciudades que se dirige al campo. Por poco que sea a nivel individual, representa millones cuando se multiplica por el número de trabajadoras existentes en una ciudad como México.

Creo, asimismo, que el análisis del servicio doméstico permitirá avanzar en el conocimiento de las relaciones entre lo público y lo privado en sociedades, como las nuestras, con grandes distancias y desigualdades sociales. Es decir, entre los requerimientos sociales, familiares y personales, y las formas particulares de resolverlos, en distintos sectores sociales, en sociedades que han seguido un modelo determinado de desarrollo capitalista y con contenidos culturales particulares. La realización del capital induce a aumentar el consumo privado y también al atesoramiento en el interior de las unidades domésticas. Estos procesos de consumo y atesoramiento son llevados a cabo principalmente por los sectores de más altos ingresos de la sociedad, los propietarios del capital y los asalariados y trabajadores por cuenta propia de alta calificación. Pero hay también un proceso de consumo que aunque menor a nivel individual, es realizado por sectores de medianos ingresos, del cual no puede prescindir el capital para su realización. Es así que estos sectores medios que consumen y atesoran, presentan los niveles de vida que corresponden a los estándares considerados satisfactorios. Tanto en la alimentación, como en el cuidado de la salud, la vivienda, la educación, la recreación, los niveles de higiene ambiental e individual, etc. encarnan las ideas, representaciones y valores acerca de lo que debe ser la vida humana digna. Esto significa, entre otras cosas, espacio propio para todos y cada uno de los integrantes de la unidad doméstica, varias comidas al día, una crianza individualizada de los niños y adolescentes, en la que se da prioridad a la educación y al juego por sobre el tra-

bajo. La vivienda tiene que tener, además del espacio, mobiliario y menaje, que deben ser mantenidos de acuerdo con normas de higiene para preservar la salud, pero también conservados a los efectos de mantener su valor económico. Los niños deben ser sometidos a un proceso de aprendizaje —tanto en el ámbito familiar como en las instituciones socializadas: escuelas, jardines de niños, cursos especiales—, y a tratamientos médicos, odontológicos, psicológicos, etc., para preservar su salud. Es decir, las unidades domésticas, el mundo de lo privado, tienen una carga de trabajo interno superior a la capacidad de respuesta de sus integrantes, cuando una parte de los mismos deben cumplir afuera una jornada de trabajo o estudio.

Este trabajo doméstico ha sido acompañado de un proceso de socialización apenas incipiente; por el contrario, el modelo de desarrollo capitalista ha favorecido el aumento de la productividad interna en algunas tareas que siguen requiriendo, sin embargo, de trabajo y dedicación. Esto es importante en las unidades nucleares jóvenes, en pleno proceso reproductivo, con hijos pequeños que requieren atención y cuidado. En las unidades adultas, el trabajo doméstico puede ser dividido entre sus integrantes, quienes agregan horas de trabajo a las que realizan en la esfera pública.

La carga de trabajo doméstico se encuentra con un mercado de trabajo donde la oferta supera a la demanda, oferta que se origina en los sectores de más bajos ingresos y en los que la subsistencia familiar e individual requiere de la cooperación monetaria de varios de sus integrantes. La desigualdad que genera un determinado modelo de desarrollo hace que la oferta y la demanda de mano de obra se encuentren, y que esta última aproveche las ventajas relativas de las que goza.

Al mismo tiempo, la presencia de trabajadoras domésticas en el mercado no permite que surjan presiones para la socialización, ni por la vía estatal ni por la vía privada, dado que al capital no le interesa una inversión que no le reporta ganancias seguras. Así, la presencia de mujeres trabajadoras domésticas asalariadas refuerza el modelo de división entre lo público y lo privado. Aun cuando crezca la producción de electrodomésticos, de textiles que no requieren planchado, etc., sus compradores son los mismos sectores que emplean trabajadoras domésticas.

No parece entonces disparatado sostener que, a partir del trabajo y las relaciones sociales que establecen las sirvientas, podemos aprender muchas cosas sobre nuestras sociedades. J